

Altvater, Elmar. (2017). Redescubrir a Marx. Una introducción a la crítica de la economía política. Ciudad de México: Rosa Luxemburg Stiftung

Por: Juan Fernando Álvarez Gaytán
Maestro en Docencia Transdisciplinaria, México
mtro.fernando@outlook.com
Recepción: 07.01.2018
Aprobación: 29.04.2018

Para quienes están familiarizados con la economía política, escuchar el nombre de Elmar Altvater evoca una importante trayectoria en la reflexión, pero para quien apenas se inicia en estos temas, podrá esperar de él contribuciones al pensamiento crítico y la praxis política. La obra *Redescubrir a Marx...* busca situar la concepción marxista en un nuevo ángulo que modifique los prejuicios más vulgares sobre este pensador, de tal suerte que sus categorías coadyuven a la comprensión y transformación de la realidad. En efecto, quienes criticaron a Marx hoy comienzan a susurrar su validez por la inminente crisis de vida que mantiene el capitalismo.

Este renacer del pensamiento de Marx –sepultado fehacientemente en 1989– hace decir a sus detractores “la izquierda quizá siempre ha tenido razón” (p. 19). Tal vez se encuentren dudosos por la presión que implica el que cada vez más sectores de la sociedad perciban, por ejemplo, que los Estados se hallan al servicio del 1% de la población mundial, mientras el restante 99% sean parias. Sin embargo, esto puede cambiar, dice Altvater, por medio del estudio de Marx, de manera que se expongan los fundamentos de la sociedad capitalista. Con ello, la humanidad podría fluir hacia el sentido de lo posible, en tanto se reconoce que, como sociedades dinámicas, la teoría ha de responder al momento actual. Significa que ninguna teoría está acabada, mucho menos Marx; y es así porque lo concreto sólo puede gestarse desde el presente.

Comenzar el estudio de la economía política, según nuestro autor, sirve para la comprensión de un mundo complejo que puede profundizarse a través de la praxis política. Lo interesante es que el análisis desde esta perspectiva nos envuelve en un clima de utopía posible y

serendipia. Es con los conceptos marxistas que se abren posibilidades de crítica al pensamiento moderno y modo de producción capitalista, a la vez que alientan la conciencia del sujeto histórico. Misma crítica que ha de ser concluyente, contundente, o no podría trascender la realidad como lo demanda la famosa *Tesis II* (Marx, 2011; 2012). Sorprendente resulta cuando Altvater escribe que el marxismo europeo “realmente se ha marchitado” (p. 26), para comprometer de manera implícita al lector latino, asiático o africano, a cuidar el nuevo florecer de la economía política, tan necesario en los países del sur.

Si bien la obra no desarrolla cada una de las categorías de Marx, sí aborda elementos generales. El autor comienza por resaltar la mercancía como satisfactor de necesidades y como el medio para el intercambio del dinero. En la mercancía se encuentran presentes las relaciones de clase y las determinaciones de valor de uso, valor de cambio, plusvalor, entre otras. Estas relaciones de conducta sólo pueden analizarse en un contexto social de vínculos entre los hombres y la naturaleza. La cuestión es que, en el capitalismo, las necesidades no corresponden a un principio material, sino a deformaciones por parte de la publicidad, además de que las mercancías poseen obsolescencia programada y efectos nocivos para la salud. ¿Entonces cómo es que se intercambian las mercancías? Porque pese al cierto grado de insatisfacción que contienen, lo común a ellas es el trabajo, es lo que permite equipararlas. El trabajo humano crea los valores.

Lamentablemente en el capitalismo el trabajo ahora es asalariado, con lo que se define su maldición. Esto es así por el hecho de la enajenación, que es producir mercancías para el “uso ajeno” (p. 35). Cuando se elaboran, se incorpora en ellas trabajo, es decir, se le agrega sustancia de valor; la diferencia estriba en que esa sustancia enriquecerá a unos por sobre otros. Esta sustancia de valor estará en todo trabajo objetivado, pero no así en el dinero actual, que carece de sustancia porque no representa trabajo sino es creación humana de signos que están asegurados por la banca moderna y el Estado. Es el fetichismo del dinero.

Queda claro, que no todo intercambio será de valores; tendrán sustancia de valor sólo aquellos que contengan trabajo. La sociedad se definirá en el intercambio, mismo que establece relaciones entre obrero y capitalista y delimita el salario por “la competitividad del lugar de producción” (p. 39), bajo una lógica que destruye todo obstáculo “natural” que se interponga en el interés económico. Lo que redundará en la magnitud de valor de las

mercancías, principalmente en las requeridas para la reproducción de la vida, de tal manera que se produce una desvalorización de la fuerza de trabajo.

Mantener relaciones humanas y con la naturaleza divide a la sociedad en dos grandes polos: los que tienen dinero y los que no. En realidad, tal escisión es efecto del ocultamiento de dichas relaciones. Comportarse de manera funcional en el capitalismo, es el fetichismo de la mercancía. Por medio de esta absolutización, refiere Altvater, en la circulación mercantil, el dinero deberá retornar en un grado mayor a la inicial, si es así, la diferencia será el capital. La intriga descansa en ¿cómo se produce ese efecto mágico de expansión? La respuesta está en la retribución a la fuerza de trabajo. Nuestro autor aclara que la proporcionalidad entre el trabajo que se entrega y el que se paga genera un plusvalor. Con esta categoría se esclarece porqué en la circulación se genera acumulación, misma que inició “en el proceso de valorización, en la producción” (p. 51).

A partir de la comprensión de algunas categorías –valor de uso, valor de cambio, sustancia de valor, relaciones de producción, plusvalor, capital– Altvater da inicio a un desarrollo conceptual de la economía política que se identifica propio del siglo XXI. Hace referencia a las crisis como expresiones del capitalismo cada vez más cruentas, pese a que la racionalidad burguesa pregone que la economía actual sea estable. De ninguna manera puede creerse tal aberración. Las crisis son soluciones violentas a las dificultades que encuentra el mercado por la falta de compradores solventes; es una disociación entre compra y venta, es decir, se absolutizan cada una al perder su reciprocidad. El capital busca los mecanismos de contener las crisis mediante la presión a salarios, ello para aumentar las tasas de ganancia que, no obstante, decaen por la contradicción entre la fuerza productiva y la fuerza de consumo. Ahora bien, ¿cómo es posible que después de varias crisis el capitalismo siga imperando? Sencillamente porque “las crisis son todo menos los precursores de un colapso” (p. 61) y esto se explica porque mientras aniquilan capital y generan desempleo, son a la vez un nuevo auge de acumulación.

Esta constante instauró entre los países de la segunda posguerra la consigna del desarrollo económico. Empero, desde mediados del siglo XX, el anhelado deseo no se ha cumplido porque los recursos naturales empleados son mayores en proporción con la producción de valores; en otras palabras, se destruye más a la naturaleza de lo que realmente se satisfacen

las necesidades. Con lo que destaca Altvater “razones para dudar de que podamos seguir dándonos el lujo de consumir la naturaleza” (p. 64) como se ha hecho. La cuestión ecológica a causa del capitalismo está en alerta roja. Los procesos naturales son unidireccionales e irreversibles, mismo que no ve este sistema que sólo socava los dos mantos de la riqueza: la Tierra y el trabajador. Interpretar Marx críticamente insta a mirar la relación con la naturaleza y los efectos generados mediante un régimen energético fósil. Una alternativa a largo plazo tendría que modificar las relaciones entre los hombres y las fuentes de energía, por ejemplo, pensar en el sol.

Desde esta perspectiva, el capitalismo es un medio colonizador del espacio y tiempo, pero principalmente del trabajador. Con esta lógica de expansión y apropiación, el concepto de globalización puede ubicarse en los orígenes de este modo de producción. Entonces, los movimientos sociales actuales se fundan en la reapropiación del tiempo y el espacio que el capital adaptó para la acumulación. Acelerar el tiempo y expandir el espacio son determinantes en la economía global, aunado a la constante mejora de la productividad, misma que “se vuelve un elemento dominante de la cultura” (p. 73). El desafío está en despojarse de estos “encuadramientos mentales” que dificultan las alternativas.

Precisamente el rompimiento de las estructuras ideológicas es urgente, aunque no es tarea fácil. Las universidades y educación en general se encuentran capitalizadas, en torno a un interés de venta y certificación de la fuerza de trabajo. Con lo que hace su aparición el fetiche del capital humano, que, no obstante, Altvater lo evidencia como reducción humana que contribuye a la privatización del conocimiento y la educación como bienes públicos. La invitación, como muchos otros, es a la toma de conciencia en todos los espacios que se sepan agredidos por el capital.

Descubrir que el capital es una relación social, es el reto principal que plantea el libro. Para ello vale tener claro que la fuerza de trabajo se reproduce por el salario y también lo hace con su prole. Esto implica una revisión ardua sobre la formación del obrero en sus diferentes ámbitos, que en palabras del autor, ha de tener vital importancia la educación en casa. La conciencia en los hogares, en este sentido, determina el futuro de la creación de plusvalor. He aquí nuevamente la importancia de leer Marx, cuando menos para tener más tiempo con respecto a “todo lo vivo que nos rodea” (p. 93).

La clase dominante sabe que existen sujetos que perciben otros modos de vida. Se previene y emplea categorías que sirven de eufemismo para los efectos inhumanos del capitalismo. Y lo hace principalmente en torno a los tópicos de la economía global. Usa conceptos que dificultan la comprensión del intercambio desigual entre países del centro, semi-periferia y periféricos. Manejar correctamente esos términos es un deber de la economía burguesa, en tanto estabilizan la división del trabajo y la composición histórica de la sociedad en general.

Este punto es importante porque Altvater nos advierte que Marx no pensó sus ideas desde la universalidad, sino en correspondencia con el desarrollo histórico. Con ello resalta la transformación que sufrió la propiedad de uno a otro modo de producción; y que las leyes del movimiento en la sociedad capitalista exigen un análisis histórico concreto. El análisis de sociedades específicas implica también el aspecto cultural y político, lo que complejiza el estudio, pero vislumbra posibilidades. A partir de esta singularidad, es que nuestro autor se atreve a reconocer que existen capitalismo históricos y un marxismo plural; esto es usar las categorías en función del momento actual.

Otro punto importante es el tema del Estado. Claro está que el derecho moderno tuvo un papel crucial para el saqueo y formación del proletariado, es decir, existe una determinación entre el capital y el Estado. Como institución es poca la representación que asume de la sociedad y, por el contrario, sólo garantiza un orden mercantil que desregula todo interés colectivo. Sin embargo, Altvater deja entrever que, por la complejización del poder, lo interesante en el siglo XXI no es apropiarse del aparato estatal, sino “cambiar las condiciones de vida concretas” (p. 116), al retomar la experiencia Zapatista y de los pueblos sudamericanos, para posteriormente plantear un Estado diferente. Su construcción será coyuntural, por lo que se necesitará de una teoría crítica y praxis política que converjan en su definición.

Querer equilibrar la función del Estado se debe principalmente a los conflictos imperiales. Esto significa que la transformación de la economía política está comprometida por el grado cultural y social de las clases, en una dirección arriba abajo y viceversa, a la luz de que la pobreza y miseria son innegables. De esta manera, pensar en victorias políticas y económicas podrá ser válido si se consideran temporales; el verdadero objetivo es la transformación

radical de las relaciones de producción y régimen energético. La formación, por tanto, se hace inminente en cada contexto histórico, es decir, en distintas conciencias de clase.

Al tener claro que el espacio y el tiempo no son infinitos, se concluye lo mismo para el capital. Asimismo, con cualquier idea de un modo de producción diferente: no puede pensarse que llegado el comunismo, éste persistiría eternamente. La propuesta de Altvater busca la solidaridad humana, que ha de trazarse desde abajo con una proyección global. De lo que se trata –dice– es que la alternativa asegure la vida de los más de 7 mil millones que actualmente viven en la Tierra. Porque cualquiera que sea el camino por decidir –revolución o transformación– el campo de batalla es el mismo: la Pachamama. Afrontar la realidad es ponerse de frente a la *serendipia*, pero sin importar qué sorpresas nos lleve el hallazgo, habremos de estar conscientes que los imperativos serán comunitarios, solidarios, de cooperación, de una vida sostenible que ayude a salir del abismo en que nos mantiene el capitalismo.

Referencias

- Altvater, E. (2017). *Redescubrir a Marx. Una introducción a la crítica de la economía política* Ciudad de México: Rosa Luxemburg Stiftung.
- Marx, K. (2011). "Tesis sobre Feuerbach". En B. Echeverría, *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*. México, D.F.: Itaca.
- _____. (2012). "Tesis sobre Feuerbach". En *Marx. Textos selectos*. Madrid: Gredos.